

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO.

LA MUERTE DEL REY TIZOC O EL CASTIGO DE LA COBARDIA



MAUCET H^{OS}

MEXICO.

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LA MUERTE DEL REY TIZOC

ó

El Castigo de la Cobardía

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos,—Primera del Relox, 1
1900.



La Muerte del Rey Tizoc



Si quieres saber, amiguito mío, la historia de una joven virtuosa y amante de su patria que se decidió á sufrir las crueldades de dos reyes que la quisieron sacrificar, allá en la época en que esta ciudad que ahora es México, era la famosa Tenochtitlan, si quieres conocer las desgracias de la linda joven Milinxochitl ó Rosa de Pureza, oye con atención esta curiosísima leyenda que un anciano azteca dejó escrita hace algunos siglos en raros geroglíficos.

Reinaba en aquella época en México el rey Tizoc ó sea el de la pierna agujerada. Hacía tiempo que había muerto el valiente Axayacatl, quien dejó el imperio del Anahuac muy extenso, después de haber reinado trece años.

Uno de los generales más valientes, Zumpalictla, casado con una sobrina del muerto rey Moctezuma, de su matrimonio tuvo dos hijos, un varón y una hembra.

Era esta Milinxochitl la heroína de la conmovedora historia que os relato. Le llamaban Rosa de Pureza, porque era buena, dócil y compasiva; no gustaba de distraerse en juegos y danzas como las otras niñas; cuando los mancebos la miraban con encanto, porque era hermosísima, bajaba púdicamente los ojos.

Cuando su padre el terrible Zumpalictla llegaba de lejanos países, donde había batallado, ella lo miraba con profunda adoración, pero compadeciendo en el fondo de su alma, á los miles de hombres

á quienes su padre había dado muerte en las batallas.

Cuando subió Tizoc al trono de México, «Huracán de Muerte» llamó á su hija Rosa de Pureza y le dijo:

—Amada hija mía, los dioses van á hacer que tú salves al imperio azteca amenazado por la cobardía de nuestro nuevo rey Tizoc; ¡oh sí! apenas ha subido al trono cuando en vez de seguir las victoriosas conquistas del gran Axayacatl, se detiene, tiembla de miedo y se abandona á los placeres sin acordarse de la patria. Tú te sacrificarás por ella hija mía... ¿estás dispuesta á sufrir los mayores tormentos? ¿estás dispuesta á pelear y á perecer?

—¡Con toda mi alma, padre mío, mi vida es tuya!

—No---contestó «Huracán de Muerte»--- es de la patria. Espérame voy al consejo secreto de los sacerdotes y guerreros ancianos para ver como hacemos que nuestro rey Tizoc vuelva á las campañas ó



como se le arroja del trono; tú vas á ser la que lo alientes ó lo mates.

Después de pronunciar estas terribles palabras, salió «Huracán de Muerte,» mientras que su linda hija Rosa de Pureza, lloraba preguntándose por que su padre la mandaba á matar al rey Tizoc.

¿Qué había pasado en Tenochtitlan

después de haber subido al trono el rey Tizoc, pierna agujerada?

¿Por qué tantos trastornos en las calles, en las plazas, en los canales, en los Teocallis, en el mismo palacio del rey?...

Nadie pudo saber nada; pero algunos días después, cuando el anciano «Huracán de Muerte» se encontraba durmiendo sobre su estera, tuvo un sueño en que se le apareció una mujer muy hermosa y le dijo:

—Oye, valiente Zumpalicla, anciano «Huracán de Muerte,» quiero que sepas que yo soy la protectora del Anahuac y vengo á decirte, que los enemigos de este reino que son príncipes de Tlaxcala, han mandado á Tizoc una víbora que tiene la forma de mujer; parece ser una niña y es un monstruo; Tizoc la adora y la ha hecho su esposa; ella es la reina Hincatl, ella le dice que no combata, por ella él es cobarde. Ve á decirles esto á los buenos aztecas, valiente Zumpalicla.

Ya han visto mis jóvenes como ella se resolvió á la peligrosa misión: mas ¿cómo iría? ¿cómo se presentaría ante el rey? En esto pensaba cuando llegó su padre quien le dijo:

—Vístete el más sencillo traje que tengas y ven conmigo.

La joven así lo hizo y siguió á su padre. Llegaron á la casa de un viejo que tenía pinturas de todos colores y allí bañaron el cuerpo de la pobre Rosa de Pureza con ungüentos negros; solo la cara le dejaron intacta. pero sobre ella pusieron una máscara de coyote, abriéndole cinco agujeros, uno grande para la boca que estaba cubierto por un horrible hocico, dos para los ojos y dos para las orejas, le ataron con tiras de dura piel y cordones de ixtle á sus cabellos la horrosa máscara, pintando también de negro sus ligaduras. Luego hicieron vestir á la joven con un rico traje bordado de plata, oro y corales.

—Ahora—le dijo «Huracán de muerte» á su hija—te voy á llevar al palacio del

rey Tizoc; te voy á regalar á él, diciéndole que eres una fiera misteriosa, mitad mujer, mitad coyote, se reirá de tí lo mismo que su vil esposa; pero tú cuando puedas cántale los himnos aztecas que halagan el amor á la patria, el valor, la fidelidad del heroismo, á ver si despierta su corazón; procura acabar con esa mujer monstruo que nuestros enemigos los tlaxcaltecas, le han enviado; tú tienes que luchar con esa mujer hija del infierno, hija de la maldad y de la traición... vas á sufrir mucho, hija mía, pero es necesario que triunfes.

*
* *

El anciano «Huracán de Muerte» fué á ver al rey Tizoc diciéndole que le regalaba para que se divertiera en su palacio, aquella mujer fiera que tenía la gracia de danzar como mujer y cantar como ruiñón; pero que su defecto era ser horrorosa toda negra con cara de coyote. ¡Qué carcajadas tuvieron al verla el



rey Tizoc y su esposa la tlaxcalteca Hincatl.

El rey le dió las gracias al anciano guerrero y mandó que echasen á la mujer coyote en la jaula de los tigres. ¿Qué iba á ser de la pobre Rosa de Pureza entre tan feroces animales? ¿no olerían la carne humana y se arrojarían sobre ella devorándola? La pobre Milinxochitl al

ver el montón de tigres que había dentro de la jaula donde la iban á meter, sintió tanto horror y tanto miedo, que ya iba á pedir perdón, contándolo todo; pero se acordó de las palabras de su padre y se resignó á morir... ¡la empujaron dentro de la jaula y cerraron tras de ella la puerta de troncos de árboles! ¿Iba á morir?

Los tigres, sorprendidos, se retiraron á un rincón de la jaula como para tomar impulso para arrojarle sobre la mujer-coyote. Ella viendo que el rey Tizoc reía bárbaramente de su miedo, quiso conmovirlo al morir cantando así:

*«Feliz quien muere por la patria amada,
Feliz quien muere por su inmenso amor;
Maldito el rey que á una mujer malvada
La entrega su honra como vil traidor.
Oh bello Anahuac de la gran laguna.
Que tanto he amado desde niña yo;
Que venga á la hora de la triste luna
A oír mi canto el infeliz Tizoc.»*

Cuanta fué la sorpresa del rey al oír la melancólica canción de aquella fiera tan horrible, pero que tan divinamente exhalaba armonías tan conmovedoras.

Tizoc sintió algo como un remordimiento y sin poder contenerse gritó:

—Abran la jaula y saquen á esa mujer-coyote: déjenla que ande por mis salones para oírla cantar.

—No mi amado rey—le dijo temerosa la tlaxcalteca, porque comprendió al oír la voz dulcísima de Milinxochitl que no era coyote sino una niña preciosa;—hay que matarla, hay que matarla, mi querido señor.

Pero Tizoc no hizo aprecio de estas exclamaciones y muy sólo y triste se fué á encerrar en el salón más aislado del palacio; pero hasta allí le llegaron sus remordimientos al volver á escuchar la canción de Rosa de Pureza que le decía:

*«Tizoc todavía no es tarde,
Vuelve á México el honor,
No seas débil y traidor,*

¡Tizoc, no seas tan cobarde'»

Un raudal de lágrimas bañó el rostro de bronce del triste monarca y en esos momentos entró su esposa, la pérfida tlaxcalteca que le dijo con mucha zalamería:

—¿Por qué llora mi gran señor? es necesario que muera ese asqueroso animal, esa coyote mujer que tanto os ha hecho sufrir.

Tizoc vaciló un momento, pero al fin se decidió á complacer el capricho de su mujer y mandó que en el patio mas grande del palacio pusieran un montón de troncos de árboles para que sobre ellos acostaran á la misteriosa mujer coyote, prendiéndole fuego.

Dormía Rosa de Pureza, cuando un pequeño enano la despertó diciéndola:

—Vengo á salvarte de parte de la princesa Huilantlin; ven que te voy á llevar al estanque de las garzas del rey; ya no sufras.

Llegaron al estanque que estaba soli-

tario en aquel momento; el enano desató la máscara de coyote de la joven que se echó al agua nadando largo rato. Cuando salió á la orilla ya no encontró al enano, pero sí halló un espléndido traje de reina con adornos de oro, plumas finas y piedras preciosas. Se lo puso y tomó tambien un pequeño cuchillo de obsidiana; se dirigió por una puerta por donde se oía un clamoreo espantoso, mirando una luz roja; atravesó un largo pasillo y de repente se halló en un gran patio lleno de guardias y en el centro había una inmensa hoguera en que ardían montones de troncos de árboles y entre las llamas se retorció una mujer pintada de negro y con rostro de coyote.

Era la misma máscara que Rosa de Pureza usaba: desde lo alto de una azotea el rey Tizoc veía el suplicio dando grandes carcajadas y diciendo:

—A que no cantas ahora, mujer-coyote, aulla hasta que quieras, ya no me volverás á cantar.

Y el rey siguió dando carcajadas y



cuando no quedaron sino cenizas de aquella hoguera, Rosa de Pureza, que estaba oculta en un rincón del patio le gritó:

—Cobarde Tizoc, tú mismo has quemado á tu esposa, la vil tlaxcalteca que te dominaba, ¿podrás ser ahora valiente?

Al oír estas palabras Tizoc sintió tan dolorosa impresión que se desmayó y po-

cos momentos después moría de remordimiento, envenenado por las palabras de Milinxochitl, la valiente doncella que fué aclamada por el pueblo azteca por haber quitado la vida al rey Tizoc, después de un reinado de cinco años.

Esta es, amiguitos míos, una de las leyendas más interesantes y más curiosas que tratan de la muerte de ese rey, que sucumbió envenenado y mal querido de su pueblo.

El rey que le siguió en el trono de Tenochtitlan, fué el tremendo Ahuizotl cuyas crueldades horrorizan porque edificó torres altísimas de cabezas humanas y llenó grandes albercas con roja y caliente sangre.

Ya os referiré, en otra ocasión la horrenda historia de sus crueldades.

.
Véase el siguiente interesantísimo episodio, titulado:

LA MONTAÑA DE CRANEOS

Historia de Meztlichotil
Las Hazañas de Moctezuma
El Estandarte Negro
Un Sueño de Moctezuma
La Muerte del rey Tizoc
Los paraísos del Nuevo Mundo
El juramento de Cuahutemoc
Historia de la bella Mallitzin
El Abismo de las Flores de sangre
Diego Colón, el hijo del Genio
El defensor de los Indios
Las tres carabelas en pos del Nuevo Mundo
La paloma de San Pedro
La cruz de la espada
La princesa Axempaxot Chitl
La conjuración ante el huracán
El guerrero Azteca
Las fuentes del oro
Los españoles en Yucatan
El Aguila ante los hijos del sol
El Embajador Ocelotl
Los monstruos del Rayo
El castillo del poder
Hernán Cortés y sus primeras aventuras
El ocelotl en la Isla del Sueño Rojo